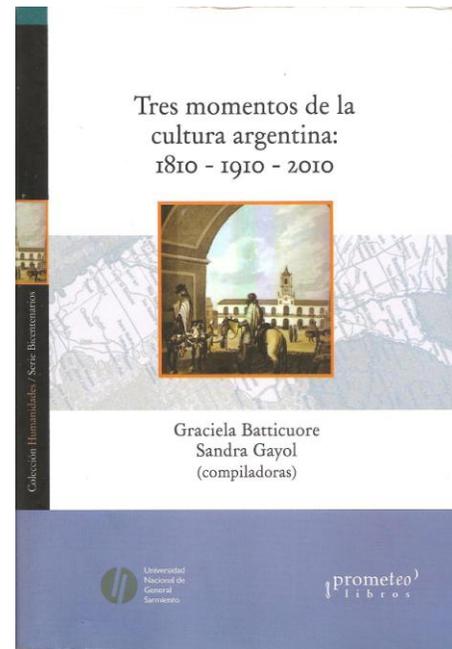


**Graciela Batticuore y Sandra Gayol (comps.),**  
***Tres momentos de la cultura argentina: 1810-1910-***  
**2010**  
**Buenos Aires**  
**Prometeo libros-Universidad Nacional de General**  
**Sarmiento**  
**2012**  
**343 pp.**



Por Sandra Gasparini<sup>1</sup>

El Bicentenario de la Revolución de Mayo en 2010 produjo un conjunto de celebraciones oficiales, de textos y de movilizaciones populares que merecen ser estudiadas. A partir de los interrogantes sobre la ciudad de Buenos Aires, su gente y las “modulaciones” de la cultura argentina durante esos doscientos años, el volumen dirigido por Graciela Batticuore y Sandra Gayol propone una variedad de artículos de un alto rigor académico que logran historizar textos y prácticas culturales con un lenguaje preciso y una fluidez poco comunes.

No parece haber quedado ningún problema olvidado en el momento de organizar este proyecto que toma como eje 1810 en tanto ruptura con el orden colonial y desafío de lo que está por venir. Ese grado cero, sin embargo, es puesto en cuestión en diferentes momentos del libro, que apunta a considerar los matices y no obnubilarse con los destellos de la revolución. Es el caso de algunos artículos que leen a contrapelo de las propuestas historiográficas más tradicionales o que trabajan a partir de hipótesis personales que se adivinan producto de investigaciones mayores que sus autores han realizado.

El volumen está encabezado por un prólogo y organizado en cuatro secciones. En la primera (“Palabras, Impresos y Públicos”), se analiza el impacto político que produjo la Revolución de Mayo en la cultura argentina a través de la lectura de los “periódicos fundacionales” porteños, sus características y sus estrategias para lograr lectores de perfiles bien delineados (Pablo Martínez Gramuglia); de sermones patrióticos producidos por los

<sup>1</sup> Doctora (UBA), área Literatura. Se desempeña como docente en la cátedra de Literatura Argentina (UBA). Codirige un proyecto grupal de investigación UBACyT sobre literatura argentina y terror. Ha dictado conferencias y ha escrito sobre la literatura fantástica y ciencia ficción argentinas y sus lazos con el discurso científico. Realizó ediciones críticas y prologadas de textos de Eduardo L. Holmberg y Esteban Echeverría; publicó ensayos, reseñas y varios artículos, así como también su ensayo *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX* (2012). Contacto: sandra\_gasparini@hotmail.com.

curas revolucionarios en el marco de las fiestas mayas, único momento de carácter religioso que ha sobrevivido en el Tedeum hasta la actualidad (Rosalía Baltar). Estos dos artículos comparten el análisis de cómo se configuran dos sujetos de gran relevancia en ese momento: el cura rural, por un lado, interpelado por los periódicos revolucionarios como mediador entre la cultura letrada y el público analfabeto o bien no habituado a leer libros sino periódicos. Por otro, el cura revolucionario (“abogado[s] de la iglesia y de la revolución”) configurado en los sermones, cuya condición de autor Baltar sistematiza minuciosamente: el autor jurista y el autor en colaboración o intertextual. El ensayo dedicado al curioso tema de los insultos de la Revolución (María Alejandra Fernández) se centra, en cambio, en la construcción de las “imágenes del enemigo”, a partir de la guerra verbal desatada en el marco de los enfrentamientos cotidianos producidos entre criollos patriotas y sospechosos de repudiar el nuevo sistema de ese momento histórico. Fernández destaca que la irrupción del insulto político (“sarraceno”, “godo”) es la novedad de este período, además de registrarse también algunas injurias de corte racista (“mulato”, “chola”) o moralizante (“ladrón”, hombre sin honor”).

La segunda sección, “Libros para la Nación”, centrada en cómo la cultura impresa está vinculada a los procesos de constitución de la nación, está encabezada por el artículo de Graciela Batticuore, quien parte de la hipótesis de Chartier para leer desde otro ángulo el rol de los libros durante la Revolución. La idea es que no fueron los libros los que hicieron la Revolución sino, al revés, que la Revolución hizo los libros. A partir de este sugestivo postulado, Batticuore propone que este suceso histórico instaló en la elite letrada la certeza de que “los libros, la escuela, la prensa, las biblioteca *tienen que* acompañar el nuevo cambio de paradigma político, de una manera a la vez concreta y simbólica” (subrayado de la autora). La figura de San Martín y sus lecturas, ya en el marco de las guerras de Independencia, representa un ejemplo interesante a este respecto: a través de la cordillera de los Andes transporta ochocientos libros -mayormente escritos en lenguas extranjeras- sobre temas realmente significativos (historia, literatura y política, viajes y de temas militares). Para San Martín la formación de bibliotecas públicas (que contribuyó a formar con donaciones) será el sostén simbólico de la independencia americana. Fernando Degiovanni, por su parte, se propone entender los años de conmemoración revolucionaria (1810-1910-1960) como desencadenantes de tensiones y diálogos que tuvieron como consecuencia la revisión de la noción de literatura nacional y su canon. Gustavo Sorá sale de los límites políticos de la Argentina y se pregunta, a partir de la exposición a propósito del Bicentenario de nuestro país en la Feria del Libro de Frankfurt (2010), en qué medida el “exterior” juega un papel decisivo en las figuraciones de una cultura nacional.

En la tercera sección, “Instituciones, sujetos e identidades”, focalizado en el entresiglo (XIX al XX), se atiende a los procesos de construcción del Estado que se apoyan en el ejército, la policía, la justicia y la escuela pública. En función de esta cuestión, Claudia Torre trabaja tomando distancia de las “versiones canónicas” sobre la denominada “Conquista del Desierto” y organiza su lectura alrededor del período Independencia-Centenario. Propone que una de las operaciones que convirtió a dicho suceso en una “gesta” fue, precisamente, equiparlo a la gesta independentista. Asimismo, la narrativa militar que contaba la guerra en primera persona se proponía defender una identidad que se sentía amenazada y adquirir una legitimidad para hablar sobre el territorio que los mismos autores habían expedicionado. En el artículo de Mercedes García Ferrari se explora la asociación que se produjo hacia fines del siglo XIX entre tecnologías de identificación y criminalidad y, a su vez, el entonces nuevo vínculo establecido entre dactiloscopia e

identificación civil cerca del Centenario. Otro de los problemas tratados en el libro es el de la administración de la justicia hacia 1910, problema que había preocupado a autores de ficciones ya desde la década de 1870. Gisela Sedeillán observa que, a comienzos del siglo XX, el estado buscó integrar más efectivamente a nuevos y numerosos sectores de la población provenientes del proceso inmigratorio para evitar las protestas contestatarias. Justamente, las leyes más significativas sancionadas en este período fueron, entre otras, la de residencia (1902) y la de defensa social promulgada en 1910 con motivo de los atentados anarquistas sucedidos ese año. También se introdujo la imposibilidad de conmutar penas y se aumentó la tasa de penalidad, endurecimiento que no fue acompañado siempre por un mayor rigor por parte de los jueces en la práctica judicial, señala Sedeillán. El último artículo de esta sección del volumen parte de una fecha clave para la educación pública en la Argentina: el Congreso Pedagógico Panamericano realizado en Buenos Aires en 1882. María Carolina Zapiola se pregunta, a partir de algunos “núcleos simbólicos persistentes” que emergen en los libros de lectura de este período, cómo pensaron implementar esta concepción de educación universal los educadores y gestores de ese proceso en el marco de una sociedad con fuertes desigualdades como las de fines del siglo XIX.

“Actores y paisajes urbanos”, la última sección del volumen, es tal vez la que más claramente establece vínculos entre los tres momentos analizados. Roberto Amigo parte de la constatación de que en la Argentina, en el inicio de la pintura de la historia, la representación histórica es autónoma con respecto a la escritura de textos históricos canónicos, que es tardía, cuestión que se habrá solucionado para el período del Centenario a través de los libros de B. Mitre y V. F. López. Desde el análisis de la representación de los santos del período tardocolonial a los héroes de la Revolución -a partir de la historia del artista Núñez de Ibarra-, pasando por la pintura, la ilustración histórica y el frenesí escultórico del Centenario, Amigo concluye que uno de los rasgos del Bicentenario es, precisamente, su “carencia de imagen”. Alejandra Laera se pregunta, por otra parte, si es posible seguir pensando a Buenos Aires en términos de modernidad si se toman en cuenta las representaciones urbanas y sus cambios en el marco de la profusión de imágenes literarias producto de las conmemoraciones del Bicentenario. De allí parte para leer en los “emblemas urbanos” del Centenario un alto valor simbólico para la economía, política y cultura que no puede encontrarse en fotografías, crónicas y novelas cercanas al Bicentenario, al menos no con otra función que no sea la evocativa. El recorrido comienza con las novelas que construyeron una imagen de la ciudad como espacio privilegiado de la celebración: el papel de la hoy denominada Plaza de Mayo en *La Bolsa*, de Martel y *Quilito*, de Ocantos, de la década de 1890, por ejemplo, o la fuerte condensación simbólica que alcanza, en textos fundamentales de la literatura argentina, el teatro Colón, desde el *Fausto* de Del Campo, pasando por *En la sangre*, de Cambaceres, *La gran aldea*, de López, *Juvenilia*, de Cané y *El gran teatro*, de Mujica Láinez, ya en la década de 1970. Respecto de las ficciones contemporáneas, Laera trabaja con la idea de la “ciudad virtual”, “que se recuerda como tal en el pasado, que apenas se reconoce en el presente o que, directamente, no es lo que parece” y que no se diseña a partir de los emblemas urbanos. A partir de esta idea en el artículo se leen novelas de Kohan, Chejfec, Pauls y Jarkowski, entre otros autores. En estas narraciones, afirma Laera, la ciudad virtual apunta a representar la sensación de final de la ciudad moderna que había alentado las producciones culturales del Centenario. Por último, Fernando Rocchi se centra en la evolución de dos aspectos particulares e interrelacionados de la economía, el consumo y la publicidad. Si bien la

---

Revolución sorprende a Buenos Aires con un “consumo espartano”, con los invasores llegaron vestidos y modas que fueron objetos de deseo y azuzaron a un pequeño grupo de la población que accedió a ese nuevo mundo gracias al comercio con los ingleses. A mediados del siglo XIX las mercaderías comenzaron a ser exhibidas en vidrieras y comenzó a desarrollarse la publicidad moderna, que pasó a publicarse entremezclada con las noticias del día en la prensa y es la que encontró el Centenario. Rocchi historiza las distintas etapas de la publicidad y el consumo en la Argentina en función de sus marcos históricos y económicos; concluye realizando una analogía entre las grandes tiendas del Centenario y los shoppings de fines de siglo XX.

*Tres momentos de la cultura argentina...*, producto fundamentalmente derivado de un coloquio sobre este tema realizado en 2009 en la Universidad Nacional de General Sarmiento es, en definitiva, un necesario y minucioso recorrido por distintos aspectos de la cultura urbana en la trama del devenir social, económico y político de los siglos XIX y XX, en mayor medida.